

Principales fiestas judías y su significado para nosotros

Levítico 23:23-32, Juan 5:16-30

David C. Dixon

Introducción: La vida es como un río caudaloso que nunca se detiene. A veces es un torrente rugiente, ocasionalmente un tranquilo arroyo, pero a menudo algo nebuloso donde es difícil distinguir un día del siguiente. Esa es parte de la razón por la que Dios creó los ritmos de la vida, con un ciclo de siete días que incluía el descanso sabático, y días festivos periódicos para conmemorar momentos especiales y celebrar con llamativos rituales. Unos rituales que ayudaban a Israel a recordar la gracia de Dios y marcar los tiempos de sus vidas con especiales pausas para la comunión y la trascendencia.

En la primavera había la **fiesta de los panes sin levadura (Pascua)**, y 50 días después, la **fiesta de las semanas (Pentecostés)**. En el otoño había **Rosh Hashaná, Yom Kippur y Sukkoth (trompetas, expiación y tabernáculos)**. Hoy me gustaría echar una ojeada a esos festivales de otoño que Dios instituyó en Israel, porque estamos justo en medio de dos principales fiestas judías: **Rosh Hashanah** (25-27 de septiembre) y **Yom Kippur** (4-5 de octubre), que son tan importantes entre el pueblo de Dios. Queremos **explorar estos importantes días festivos judíos** para ver qué ideas y estímulos para la fe encontramos en ellos. **Rosh Hashanah** significa principio de año, bíblicamente conocida como la **fiesta de las trompetas (año nuevo)** en el calendario civil; el calendario religioso comienza en primavera). En el judaísmo este día anuncia el comienzo de un período de 10 días de introspección y arrepentimiento que culmina en **Yom Kippur (el día de expiación)**. Esto significa que podemos conectar la función de esta celebración con la de Juan Bautista, cuyo ministerio iba destinado a dar un “toque de atención” a los judíos, exhortándolos a preparar el camino al Mesías. Para entender el día de expiación vamos a verlo desde tres puntos de vista:

1) Era el día más importante del año judío en su manera de entender la salvación (Lev. 23:26-32). Era un día para “afligir vuestras almas”, que era una referencia al ayuno, y un día de descanso sin trabajar. El sumo sacerdote tenía que ofrecer sacrificios por su expiación y la de su familia, luego la del pueblo, y para el Lugar Santo así como para el altar. A continuación se desarrollaba también la ceremonia de los dos machos cabríos: uno para el sacrificio y el otro para ser enviado al desierto (el “**chivo expiatorio**”, Lev. 16).

El lugar de expiación más importante era el "propiciatorio", la cubierta del Arca de la Alianza (heb. *kappōret*), que era como el **trono de Dios en la Tierra**. En el día de expiación este era el lugar que se rociaba con la sangre de las ofrendas por el pecado, lo que ocurría solo una vez al año. Esta era la única ocasión en que a un israelita se le permitía entrar al Lugar Santísimo, y ese israelita era el sumo sacerdote. Pero era una función simbólica, porque las Escrituras afirman que es Dios mismo quien expía los pecados (Sal. 65:3), por su compasión (Sal. 78:38). Dios dice en Is. 43:25: **"Yo soy el que por amor a mí mismo borra tus transgresiones y no se acuerda más de tus pecados"** y en Is. 44:22: **"He disipado tus transgresiones como el rocío, y tus pecados como la bruma de la mañana. Vuelve a mí, que te he redimido."** Si Dios podía hacer eso con nuestros pecados, ¿por qué Jesús tuvo que venir a la tierra y morir?! El lugar donde nuestros pecados necesitaban perdón y corrección era aquí en la tierra, en la carne, y nuestro problema era mortal. En Jesús, Dios estaba enviando su propio "poder para perdonar" a la Tierra, en su persona humana. ¡En la tierra es donde habíamos sido esclavizados por un usurpador, y donde hemos arruinado tanto nuestras relaciones y nos hemos quedado paralizados por la falta de perdón! Todo ese enredo necesitaba ser desenmarañado, desatado, aclarado aquí en la tierra, y solo cuando el Hijo de Dios **se ató a nuestra carne** pudo liberarnos de nuestras cadenas desde dentro: encarnando y **descargando el poder de su vida** en nuestra misma carne –en nuestra historia– ¡especialmente en la cruz! Ese fue el momento culminante de **"¡la venida del Reino!"** Jesús fue la **encarnación personal y pública de ese acto propiciatorio**, ¡en forma humana!

2) Así que Dios definitivamente estaba allí, en la cruz – ¡ciertamente no estaba ausente! – reconociendo lo que la humanidad le hizo a Jesús como el cumplimiento de la **profecía que Dios mismo había construido en el sistema sacrificial**: que los hombres culpables tomarían un cordero inocente, pondrían sus manos pecaminosas sobre él, considerarían que cargaba con todos sus errores y pecados, y lo sacrificarían ¡exactamente lo que la humanidad le haría más tarde a Jesús! La nación judía había estado **ensayando ese ritual profético durante siglos** antes de llevarlo a cabo con el Cordero de Dios: arrestarlo en toda su inocencia, poner sus manos pecaminosas sobre Él, culparlo de todos sus males, matarlo. La diferencia entre sus ensayos y la realidad era que esos corderos sin mancha ni defecto no tenían más testimonio que dar que uno simbólico; ¡no eran agentes morales, por lo que no podían limpiar la conciencia de nadie! (Heb. 10:3-4: **"Pero esos sacrificios son un recordatorio anual de los pecados, ya que es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados."**) Solo podían representar la purificación que vendría en el futuro cuando apareciera el Cordero de Dios. Jesús, por el contrario, dio testimonio de Quién era (declaró abiertamente su identidad ante Caifás y Pilato (1 Timoteo 6:13); luego perdonó activamente a sus verdugos cuando pusieron sus manos sobre Él, lo culparon de todo lo malo de sus vidas, lo torturaron y lo mataron –al igual que en el ensayo– y realmente perdonó a todos los que estaban implicados en ese crimen (tanto romanos como judíos), ¡que de hecho nos representaban a todos! Así es como Jesús pasó todo el proceso de su juicio y crucifixión, porque continuamente estaban pecando contra Él (¡no de una manera virtual!). Sin embargo, Él cargó con esos pecados con dignidad, amor y perdón, de modo que un sacrificio fue totalmente suficiente: ¡Él perdonó el peor crimen de la historia!

Dios aceptó el autosacrificio de Jesús frente a la violencia humana como el **"hattat"** de Lev. 16:6, 9,15. Esta palabra significaba literalmente "pecado, una cosa pecaminosa"; pero por

un proceso lingüístico conocido como metonimia, se convirtió en una palabra estándar para “ofrenda por el pecado”. Cuando se tradujo el Antiguo Testamento al griego, la palabra utilizada fue “*hamartia*”, que significa pecado. Cuando Pablo escribe en 2 Corintios 5:21 que **“al que no conoció pecado, Dios lo hizo ‘pecado’ por nosotros”**, el único sentido posible es que Dios reconocía a Jesús como el cumplimiento de la ofrenda por el pecado, el ritual profético: Él sacrificaba su vida en lugar de destruirnos como merecíamos, viviendo su amor por Dios de todo corazón en las peores circunstancias, y su amor por el prójimo en el grado máximo. **Jesús fue la encarnación personal de la ofrenda por el pecado**, para que todo el que crea en Él e invoque su nombre pueda verdaderamente ser perdonado y limpio de pecado (1 Jn. 1:9).

3) Cuando el Autor de la vida vino a la tierra como “uno de nosotros”, las Escrituras enseñan que Él también vino a juzgar a la tierra (Sal. 98:9; 76:9 – en el sentido del Antiguo Testamento de juez que defiende y rescata; Sal. 72 : Rey de reyes que juzgaría a su pueblo con justicia, lo que significaba rescatarlos de sus opresores). Jesús se describió a sí mismo como Juez de toda la humanidad en Mateo 7:22, donde dice que todas las personas vendrán a Él para ser juzgadas en el “último día”. En Mc. 2:10 y Lc. 7:48, Él afirma su autoridad en la tierra como el Hijo del Hombre para perdonar los pecados. En Jn. 5:22-27 es el Padre quien ha confiado al Hijo toda autoridad para juzgar. Sin embargo, cuando Él vino a nosotros personalmente como uno de nosotros, la humanidad se tomó la justicia por su mano, juzgando al Dios hecho hombre y sentenciándolo a muerte. **Juzgamos al Juez del universo** como incapaz de gobernar, convirtiéndonos en cómplices del peor crimen de toda la historia humana: ¡no solo homicidio, sino fratricidio, regicidio y hasta deicidio!

No solo consideramos a nuestro Creador merecedor de condena, sino que hasta **nos burlamos de su realeza**: los soldados romanos le dieron un **manto** de color púrpura por su majestad, una caña por **etro**, espinas por **corona**, burla y escarnio por **homenaje**, y una cruz por **trono**. Cada elemento real está en su lugar, ¡excepto que está todo tergiversado! En lugar de menospreciarlo o darnos lo que merecíamos, el Rey reinó desde ese trono y el Juez falló a nuestro favor: aceptando humildemente nuestra sentencia, tomó todo el peso de nuestra humanidad, incluso la mortalidad, muriendo como uno de nosotros; Él cargó con nuestros pecados, los reales, no los virtuales, con paciencia y dignidad, declarándonos “perdonados” varias veces mientras moría (Lc. 23:34, 2 Cor. 5:19).

¡Nuestro Juez se convirtió en nuestro Abogado! La humanidad colaboró con los esbirros del infierno para realizar ese magnicidio, y Él optó por responder con lo que necesitábamos: misericordia y amor. Él no nos estaba defendiendo de Dios, –¡Él estaba representando a Dios! Nos estaba defendiendo del acusador de la humanidad, nuestro gran adversario a quien las Escrituras llaman el príncipe de este mundo. ¡Jesús sabía que el verdadero enemigo no era de carne y hueso! Él estaba encarnando su perdón, haciendo historia su misericordia, humanizando su gracia, haciendo accesible nuestra cura allí mismo, en ese **propiciatorio manifestado** por el velo rasgado (su propia carne). **Jesús encarnaba el perdón de Dios** (Col. 2:14), para que podamos perdonar a los que pecan contra nosotros.

En 1972, aviones de Vietnam del Sur lanzaron una bomba de napalm sobre una aldea ocupada por los norvietnamitas, y cuando la ropa de una niña de 9 años, Kim Phúc, se incendió, se la arrancó pero sufrió graves quemaduras. Un fotógrafo capturó el momento, con una foto desgarradora que se convirtió en un símbolo de la guerra de Vietnam, e

inmediatamente después, la ayudó junto a otros niños heridos a llegar a un hospital en Saigón. Se evaluó que sus quemaduras eran tan graves que probablemente no sobreviviría. Después de pasar 14 meses en el hospital y ser sometida a 17 procedimientos quirúrgicos, incluidos trasplantes de piel, pudo regresar a casa, aunque indignada, amargada y llena de odio. Las cicatrices que cubrían el 65% de su cuerpo no solo la desfiguraban, haciéndola creer que nadie la amaría nunca, sino que dolían intensamente. Diez años más tarde, mientras estaba en la facultad de medicina, descubrió una Biblia en una biblioteca de Saigón y comenzó a leerla tratando de entender lo que Dios significaba en su vida. Encontró alivio al convertirse de la religión nativa de su familia (fusión sincrética de budismo, confucianismo, taoísmo, islamismo y cristianismo) a la fe en Jesús. *“El perdón me liberó del odio. Todavía tengo muchas cicatrices en mi cuerpo y dolor intenso la mayoría de los días, pero mi corazón está limpio. El napalm es muy poderoso, pero la fe, el perdón y el amor son mucho más poderosos.”* Ella aprendió el significado del perdón a través del Evangelio, pero tuvo que luchar con su esclavitud a la falta de perdón para ser liberada.

Kim finalmente dejó Vietnam para estudiar en Cuba, donde conoció y se casó con su esposo. Los dos lograron desertar a Occidente cuando el avión que los devolvía a casa repostó en Terranova. Comenzaron una nueva vida en Canadá, y en 1996 fue invitada a hablar sobre sus experiencias frente a miles de veteranos de Vietnam en Washington DC. Fue allí donde conoció al piloto estadounidense que coordinó el ataque a su aldea. *“Él lloraba como un niño... no podía parar. Le preguntaba una y otra vez: ‘¿Puedes perdonarme?’. Le pidió: ‘Por favor, mírame a los ojos. ¿Ves la pena que he acarreado durante 24 años?’ Y ella le respondió: ‘Claro que te perdono. Por eso estoy aquí’”*. Entonces ella simplemente lo abrazó. Hoy habla en nombre de los niños ucranianos traumatizados por la guerra, porque sabe que el perdón es real, hecho humano y accesible gracias a Jesucristo.